

## SEXTO DÍA - ¿QUÉ ES EL HOMBRE?

(ÍNDICE)

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has establecido, digo: ¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que lo cuides?” *Salmo 8:3-4*.

Así habló el salmista, y así debiera sentir quien aprecie debidamente las obras de Dios. Es común para el humano tener una elevada opinión sobre sí mismo y sus méritos hasta el punto de olvidar su dependencia de Dios. Para el hombre es natural sentirse independiente e imaginar que uno se sostiene a sí mismo, pudiendo perpetuar su propia existencia.

Un historiador describió acertadamente la deriva del ser humano, en su comentario referido a los antiguos filósofos y su investigación exquisita sobre la naturaleza humana: “Su razón a menudo fue guiada por la imaginación; y esta, a su vez, estuvo motivada por la vanidad. Al contemplar con complacencia la magnitud de sus propios poderes mentales, al poner en acción sus diversas facultades de memoria, imaginación y juicio, junto a sus más profundas especulaciones y sus obras más importantes; y cuando meditaban en su deseo de fama que los transportaba a las edades futuras más allá de las fronteras de la muerte y de la tumba, no se podían resignar a identificarse con las bestias del campo ni a suponer que un ser cuya dignidad inspiraba en ellos tan sincera admiración se redujera a un puñado de tierra y unos pocos años de existencia” *Edward Gibbon, “Decline and Fall of the Roman Empire” cap. XV, parr. 18*.

No es muy diferente la descripción del apóstol Pablo: “Aunque conocían a Dios no le honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” *Romanos 1:21-23*. Era tal su orgullo y vanidad, que “no tuvieron a bien reconocer a Dios” *Romanos 1:28*.

Quien es verdaderamente sabio tiene una disposición bien diferente. El rey David llevó también a cabo ciertas investigaciones sobre la naturaleza humana, aunque desde otro punto de vista. Su deseo era saber cómo lo veía Dios: “Ardía mi corazón dentro de mí; mientras meditaba se encendió el fuego; entonces dije con mi lengua: Señor, hazme saber mi fin, y cuál es la medida de mis días, para que yo sepa cuán efímero soy. He aquí, tú has hecho mis días muy breves, y mi existencia es como nada delante de ti; ciertamente todo hombre, aun en la plenitud de su vigor, es solo un sople” *Salmo 39:3-5*.

Considerando la fosa que las naciones paganas cavaron para sí, y en la que finalmente cayeron, y la forma en que se enorgullecían contra Dios, el salmista oró: “Pon temor en ellas, oh Señor; aprendan las naciones que no son sino hombres”

*Salmo 9:20.* Piensa en ello: “¡No son sino hombres!” Las naciones se enorgullecen por el hecho de estar formadas por hombres, y se sienten competentes para prescindir de Dios; pero la palabra de Dios afirma que son *meramente* hombres. El ser humano no es nada en sí mismo, y sólo puede ser algo porque Dios le da la oportunidad y el poder.

Detengámonos a leer lo que afirma la Escritura sobre el origen del hombre: “Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados, sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” *Génesis 1:26-27*. “Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” *Génesis 2:7*.

Lo mismo que los animales, el hombre fue hecho a partir de la tierra. No es más que “polvo y ceniza” *Génesis 18:27*. No se puede jactar en absoluto ni siquiera sobre los animales que le fueron sujetos, ya que la única razón por la que el hombre se diferencia del resto de animales es porque el poder de Dios es capaz de hacer del mismo barro un vaso para honra y otro para deshonra. La tierra es el sustrato del que surge toda criatura animada. “El hombre no tiene ventaja sobre los animales, porque todo es vanidad. Todos van a un mismo lugar. Todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo” *Eclesiastés 3:19-20*. Tras la muerte y la descomposición, el polvo del príncipe no se diferencia del polvo del pobre, ni siquiera del polvo de su difunto perro. Si finalmente el hombre no comparte el destino de los animales pasando al olvido, es sólo porque fue humilde y aceptó la sabiduría que viene de Dios, ya que “el hombre en su vanagloria, pero sin entendimiento, es como las bestias que perecen” *Salmo 49:20*. ¿Por qué se habría de enorgullecer el hombre mortal?



El ser humano fue hecho del polvo de la tierra a fin de que recordara que no es nada en sí mismo. Pero fue hecho también a imagen de Dios para que supiera las infinitas posibilidades puestas ante él: su asociación con el propio Dios; él, que en sí mismo no tenía mayor poder que el polvo de la tierra sobre la que camina, pero que sería capaz de grandes cosas mediante el poder y la bondad de Dios. Y por extraño que parezca, sus capacidades son máximas cuando es sensible a sus debilidades. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” *2 Corintios 12:10*.

“Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente” *Génesis 2:7*. Ni siquiera aquí puede el hombre pretender superioridad. Los animales del campo respiran el mismo aire que él. Es el don de Dios para él y para ellos. El simple hecho de que respire por la nariz es una evidencia de su fragilidad. “Dejad de considerar al hombre, cuyo soplo

de vida está en su nariz; pues ¿en qué ha de ser él estimado?” *Isaías 2:22*. Dios le ha dado el soplo de vida, pero ¡qué débil es el control humano sobre ese soplo! “No sabéis cómo será vuestra vida mañana. Sólo sois un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece” *Santiago 4:14*.

¿Cómo es eso posible, teniendo en cuenta que es Dios quien dio la vida al ser humano? —No es porque la vida que Dios da sea cosa de poco valor, sino porque el hombre la tiene en tan frágil posesión. La respiración de todo lo que vive está en la mano de Dios, y la puede retirar tal como la dio. “Si Él determinara hacerlo así, si hiciera volver a sí mismo su espíritu y su aliento, toda carne a una perecería, y el hombre volvería al polvo” *Job 34:14-15*. “Entonces volverá el polvo a la tierra como lo que era, y el espíritu volverá a Dios que lo dio” *Eclesiastés 12:7*. Hasta aquí no hemos encontrado nada de lo que el hombre pueda jactarse.

Qué natural es para las personas en situaciones extremas acudir a otros, o a otro poder humano en busca de ayuda. Pero no hay hombre sobre la tierra que tenga poder para obrar un cambio en su propia condición física. No puede cambiar el color de su cabello ni añadir un centímetro a su estatura. “...Los que confían en sus bienes y se jactan de la abundancia de sus riquezas ... Nadie puede en manera alguna redimir a su hermano ni dar a Dios rescate por él” *Salmo 49:6-7*. Por consiguiente, tenemos la exhortación: “No confiéis en príncipes ni en hijo de hombre en quien no hay salvación. Su espíritu exhala, él vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” *Salmo 146:3-4*. ¿En quién confiaremos? “Bienaventurado aquel cuya ayuda es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Señor su Dios, que hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que guarda la verdad para siempre” *Salmo 146:5-6*.

No hay vida que no proceda de Dios. “En ti está la fuente de la vida” *Salmo 36:9*. Pero la vida es justicia: “Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz” *Romanos 8:6*. El pecado es muerte, y procede de Satanás; y el Hijo de Dios apareció para destruir las obras del diablo. El pecado será erradicado finalmente del universo, e inevitablemente lo serán también aquellos cuyas vidas sigan siendo pecado. Si se aferran a sus vidas pecaminosas habrán de ser destruidos con el pecado. Cristo es la justicia de Dios, ya que sólo Dios es bueno, y en Cristo habita toda la plenitud de Dios. En consecuencia, solamente quienes tienen a Cristo pueden tener esperanza de vida en el más allá. De hecho, la vida presente no es realmente vida. “El testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” *1 Juan 5:11-12*. No sólo eso: “El que se niega a creer en el Hijo no verá la vida” *Juan 3:36 (RV 1995)*.

Ciertamente va a tener lugar la resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos; pero sólo los primeros serán resucitados para vida. Los obradores de maldad saldrán de sus sepulcros para resurrección de condenación (*Juan 5:28-29*). Al resucitar “sufrirán el castigo de eterna destrucción, excluidos de la presencia del

Señor y de la gloria de su poder” *2 Tesalonicenses 1:9*. Puesto que carecen de justicia —que es vida—, nada hay que permita la continuación de su existencia.

Lo anterior tiene por fin enseñar al ser humano que sólo en Dios hay esperanza, que Dios es supremo y que sólo a él pertenece el poder. No solamente el individuo, sino “todas las naciones ante Él son como nada, menos que nada e insignificantes son consideradas por Él” *Isaías 40:17*. Si bien lo anterior debiera despertar humildad en cada uno, no obstante, de forma alguna debiera desanimarlo. Al contrario: es para animarnos, dado que Dios hizo el universo a partir de nada, y de igual forma puede tomar al ser humano que pone en él su confianza, y hacer de él como Dios desea. “Para que nadie se jacte delante de Dios. Mas por obra suya estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justificación, y santificación, y redención; para que, tal como está escrito: el que se gloría, que se gloríe en el Señor” *1 Corintios 1:29-31*. El hombre no debiera avergonzarse por su humilde origen, dado que mediante Cristo puede alcanzarlo todo.

A partir de la fragilidad del ser humano podemos aprender todavía otra lección animadora que muestra cómo sólo en la humildad se encuentra la genuina exaltación. Puesto que todas las cosas proceden de Dios, el hombre sólo puede alcanzar su condición más elevada cuando reconoce de buen grado que no es nada, y se rinde al amoroso poder de Dios. El capítulo 40 de Isaías contiene el mensaje que ha de preparar a un pueblo para la venida del Señor en gloria. Es un mensaje de ánimo, puesto que señala el poder de Dios. Este es el mensaje:

“Consolad, consolad a mi pueblo —dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su lucha ha terminado, que su iniquidad ha sido quitada, que ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados. Una voz clama: Preparad en el desierto camino al Señor; allanad en la soledad calzada para nuestro Dios. Todo valle sea elevado, y bajado todo monte y collado; vuélvase llano el terreno escabroso, y lo abrupto, ancho valle. Entonces será revelada la gloria del Señor, y toda carne a una la verá, pues la boca del Señor ha hablado. Una voz dijo: Clama. Entonces él respondió: ¿Qué he de clamar? Toda carne es hierba, y todo su esplendor es como flor del campo. Sécase la hierba, marchítase la flor cuando el aliento del Señor sopla sobre ella; en verdad el pueblo es hierba. Sécase la hierba, marchítase la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre” *Isaías 40:1-8*.

Lo que preparará al ser humano para la gloriosa aparición de nuestro Señor y Salvador Jesucristo cuando venga a recompensar a cada uno según sus obras, es la aceptación plena del mensaje consistente en que el hombre es nada, y que Dios lo es todo. Suyo es todo el poder, y su palabra obra poderosamente en todo aquel que cree. Las obras que van a resistir la prueba del juicio son las que se efectuaron en Dios. “Toda carne es hierba”, pero hemos visto cómo el poder de Dios se muestra de forma prodigiosa en la hierba. Fue la palabra de Dios la que dijo: “Produzca la tierra vegetación: hierbas que den semilla...” *Génesis 1:11*, y esa es la palabra que vive y permanece para siempre, y que se nos predica en el evangelio. Hemos visto

que el poder de esa palabra hace que el diminuto brote de hierba se abra camino hasta llegar a la superficie y a la luz, a pesar de que en su crecimiento se interpongan pesados terrones endurecidos. En esa frágil hoja diminuta se exhibe el poder infinito. De igual forma obra su poderosa palabra en aquellos que la creen de todo corazón. Quien reconoce no ser nada en sí mismo —tan frágil e insignificante como el brote de hierba—, será fortalecido para realizar hechos prodigiosos, y emergerá entre pesados terrones hasta alcanzar la luz del Sol de la presencia de Dios.

